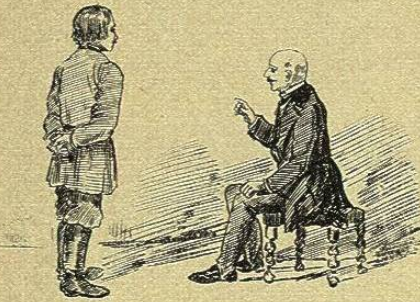


## XXXIV

## El casamiento de mi padre

MI padre tenía cuarenta y ocho años cuando se casó con Audotia Vasilievna Epifanova.

Cuando en la primavera llegó al campo con las niñas, imagíno-me que se hallaría en esa buena disposición de espíritu, muy frecuente en los jugadores al pararse un momento al hacer una buena ganancia. Sentiría también que había en él una gran reser-



va de felicidad, y pues no quería malgastarla en los naipes, bien la podía emplear en las alegrías de la existencia. Además, era entonces la primavera, había adquirido de pronto una gran cantidad de dinero, se hallaba solo y se aburría. Hablando de los asuntos de la casa con Iakov, se acordó del antiguo litigio con los Epifanov, y esto le trajo

á la memoria á la bella Audotia Vasilievna que no había visto desde hacía tiempo. Ya me figuro lo que diría á Iakov: «Sabes, Iakov? en vez de estarnos toda la vida disputándonos este maldito terreno,

he pensado en abandonárselo de una vez. Qué te parece?» Y me figuro también cómo, al oír esta proposición, voltearían los dedos de Iakov teniendo por detrás las manos cruzadas, y aún me parece oírle diciendo á papá que «nuestra causa» era justa, y que no convendría tal vez abandonarla de este modo.

Pero papá dió orden entonces de poner el carruaje, vistió su traje de color de oliva, á la moda, peinó como pudo el resto de sus cabellos, perfumó su pañuelo y con el alegre humor de que obraba noblemente, y sobre todo con la esperanza de ver á una hermosa mujer, se dirigió á casa de nuestros vecinos.

Sé únicamente que en su primera visita, papá no halló en casa á Petrucha, que estaba en el campo, y que estuvo de visita con las damas solas más de dos horas. Me imagino cómo se desharía papá en los más finos cumplimientos y cómo se esforzaría en hacer valer todas las perfecciones de su persona y de su distinguida educación, y asimismo me imagino cómo la madre se enamoraría de él y cuánto no sería también el placer de su fría y hermosísima hija.

Cuando la criada, medio sofocada, llegó á anunciar á Piotre Vasilievitch que el mismo señor Irteniev estaba en casa, ya le oigo decir con rabia y con su tartamudeo insufrible: «Bueno! y qué importa que esté en casa?» Luego le veo dirigiéndose muy despacio á su casa, lo más despacio posible, y aún, antes de entrar en el salón, ir á ponerse el vestido más viejo y más sucio que tuviese y de paso hacer saber al cocinero que se guardase de añadir cosa alguna á la comida aunque su madre se lo ordenase.

Después he visto á papá y á Petrucha juntos algunas veces y por esto puedo imaginarme tan al vivo su primera entrevista. Estoy cierto de que, á pesar de la magnífica proposición de papá, Piotre se quedaría encastillado en su sombrío orgullo, pues él había sacrificado su porvenir á su madre, mientras que papá no había hecho esto ni nada semejante; le veo también sin extrañarse de nada y veo á papá, fingiendo no percatarse de esa frialdad, mostrarse como siempre alegre y frívolo, tratándole de muchacho extravagante, de lo cual se ofendía él alguna vez, sin embargo de lo cual papá no podía dejar de hacerlo.

Papá, con su inclinación á tomarlo todo en broma, llamaba á Piotre, no sé por qué, coronel; y aunque un día, en mi presencia, se enfadó el hombre y tartamudeando más fuertemente que nunca y rojo de ira, dijo que no era co-co-coro-nel sino te-te-te-niente, papá, cinco minutos después, le llamaba de nuevo coronel.

Lubotchka me contó que, antes de nuestra llegada á casa, veía

todos los días á las Epifanov y que era aquello muy divertido. Papá, con su gran habilidad de organizador, cosa que hacía siempre con simplicidad y elegancia, armaba un día una cacería, otro una pesca en el río, ó bien disparaba un castillo de fuegos artificiales, asistiendo siempre á la fiesta los Epifanov. Y hubiera sido de veras divertido, sin ese insoportable Piotre Vasilievitch quien, según dijo mi hermana, se enfadaba siempre tartamudeando y lo echaba todo á rodar.

Desde nuestra llegada al campo, los Epifanov vinieron á casa solamente dos veces, y una fuimos todos nosotros á la suya. Después de San Pedro, fiesta patronímica de papá, en la cual vinieron

los Epifanov, se acabaron de pronto las visitas, y papá solo continuó visitándoles.

Los escasos momentos en que ví juntos á papá y á Dunitchka, como la llamaba siempre su madre, he aquí lo que yo observé. Papá estaba siempre con



ella en el mismo excelente humor que tanto me chocó el día de nuestra llegada á casa. Aparecía rejuvenecido, alegre, desbordante de vida y tan feliz que parecía su cuerpo despedir rayos de felicidad, envolviendo en ellos á cuantos le rodeaban, de modo que les comunicaba su misma disposición de espíritu.

No se apartaba un paso de Audotia Vasilievna, y siempre haciéndole los más galantes cumplimientos, de modo que yo sentía vergüenza por él; ó bien en silencio la contemplaba, sonriendo de vez en cuando y hablándole en voz baja; y todo esto lo hacía con sus aires de ligera alegría que tan propios le eran aún en las cuestiones más serias.

Audotia Vasilievna, por su parte, parecía haberse apropiado esta misma expresión de alegre felicidad de mi padre, pues en aquella época la ví siempre brillar en sus ojos azules, excepto algunos momentos en que parecía presa de una tan grande timidez que yo, que conocía bien este sentimiento, experimentaba una verdadera pena al contemplarla. En tales momentos comprendíase

que sentía una especie de miedo cuando alguien le dirigía la palabra, pareciéndole que la miraban todos, que todos se ocupaban únicamente de ella... Se consideraba entonces á sí misma, su rostro cambiaba á cada punto de color, y entonces, en voz alta y atrevidamente, comenzaba á decir las mayores tonterías, y comprendiendo lo que hacía y el ridículo en que á sí misma se ponía iba ruborizándose cada vez más.

Papá, empero, no hacía caso de nada de esto, y seguía contemplándola encantado, con el mismo apasionamiento.

Observé que estos accesos de timidez, aunque casi siempre se producían sin causa ninguna, alguna vez se mostraban en Audotia cuando en presencia suya y de papá se hablaba de alguna mujer joven y hermosa. Su frecuente paso de la indiferencia que le era habitual á esta alegría extraña y ridícula de que acabo de hablar, el empleo repetido de palabras y de expresiones que eran favoritas de papá, la continuación con gente extraña de conversaciones que había comenzado con mi padre, y otros detalles como estos, si no se hubiese tratado de papá y yo hubiese tenido algunos años más, me hubieran explicado la clase de las relaciones que había entre nuestro padre y Audotia Vasilievna. Pero la verdad es que entonces no sospeché nada, ni siquiera cuando papá recibió en mi presencia una carta de Petrucha y quedó al leerla profundamente turbado, cesando hasta fines de agosto sus visitas á casa de los Epifanov.

A fines de agosto, papá reanudó sus visitas á casa de nuestros vecinos y el día antes de nuestra partida para Moscova, nos declaró á Volodia y á mí que se casaba con Audotia Vasilievna.

## XXXV

## Cómo recibimos la noticia

El día antes de esa declaración oficial, todos en casa conocían ya la noticia y la juzgaban muy diversamente. Mimi no salió de su cuarto en todo el día y lloró mucho. Katenka le hizo compañía, y solamente compareció para comer, con aires de profunda tristeza, que tomó indudablemente de su madre. Lubotchka, al contrario, estaba muy alegre, y declaró mientras comíamos que sabía un magnífico secreto, pero que no lo diría a nadie.

—Tu secreto no es nada bueno,—dijo Volodia, que no compartía su satisfacción.—Y si tú pudieses pensar en algo seriamente, comprenderías, por el contrario, que es una cosa muy mala.

Lubotchka, profundamente sorprendida, se le quedó mirando con la boca abierta.

Después de comer, Volodia hizo ademán de tomarme el brazo, mas pareciéndole esto demasiado sentimental, se limitó á darme un codazo y á indicarme que fuese con él al salón.

—Sabes á qué secreto se ha referido Lubotchka?—me dijo apenas se hubo convencido de que nos hallábamos solos.

Volodia y yo hablábamos muy raramente á solas de cosas serias, de manera que cuando esto sucedía alguna vez lo mismo él que yo experimentábamos cierto embarazo, imaginándonos mutuamente en nuestra primera infancia. Pero esta vez, como en respuesta á la confusión que se leía en nuestros ojos, siguió mirándome con

cierta seriedad como si me quisiera decir: «No hay por qué cortarse de ese modo, al fin y al cabo somos hermanos y nos hemos de aconsejar mutuamente acerca de un importante asunto de familia». Así lo comprendí yo y él continuó diciendo:

—Papá se casa con la señorita Epifanov... Lo sabes ya?

Hice un movimiento de cabeza como para indicar que había ya oído algo de eso.

—Pues, es cosa muy mala,—exclamó Volodia.

—Por qué?

—Por qué, dices?—repuso con cierto despecho.—Si te parece, será una cosa muy agradable tener un tío que tartamudea tan horrorosamente como ese coronel y una parentela además como la suya. Y la misma Audotia, parece ahora una buena mujer, pero no podemos saber lo que será después. Todavía para nosotros tiene poca importancia la cosa; pero Lubotchka tendrá que hacer pronto su entrada en el mundo, y con semejante madrastra no será por cierto cosa muy agradable, pues hasta habla mal el francés, y no tiene maneras distinguidas, ni de ninguna clase... Quizás es buena, no lo dudo, pero es una *verdulera*, eso te digo, es una *verdulera*...—acabó Volodia, sin duda satisfecho de haber hallado semejante epíteto.

A pesar de que me sorprendió mucho oír á Volodia juzgar tan tranquilamente la elección de papá, me pareció que tenía en efecto razón.

—Por qué se casa papá, entonces?—pregunté.

—Es una historia muy oscura, Dios lo sabe únicamente. No sé sino que Piotre Vasilievitch le exhortaba á casarse, que llegó á exigirselo, que papá no lo quería, pero que luego, de pronto, le dió por realizar una especie de fantasía caballeresca... Es una historia muy oscura. Ahora sí que empiezo á comprender á nuestro padre,—continuó Volodia, y á mí me causó honda pena que dijese «padre» y no «papá».—Es un hombre encantador, bueno, inteligente, pero muy frívolo, muy ligero! Lo extraordinario es que no puede ver á una mujer hermosa sin perder la cabeza. Ya sabes, no ha conocido mujer de la que no se enamore. Ya sabes, hasta Mimi...



—Cómo?

—Lo que te digo. He descubierto no hace mucho que estuvo enamorado de Mimi cuando joven; le escribía versos, y aún es de creer que hubo algo más... Mimi sufre todavía...

Y Volodia se puso á reír.

—No es posible!—exclamé yo extrañado.

—Pero especialmente,—prosiguió Volodia en serio, poniéndose de pronto á hablar en francés,—no te digo yo lo agradable que va á parecer este casamiento á toda nuestra parentela!... Y cómo tendrá seguramente hijos...

El buen sentido y la predicción hecha por Volodia me sorprendieron de tal modo que no supe qué contestar; y en este preciso momento se nos acercó Lubotchka.

—De manera que lo sabéis también?—nos preguntó con el rostro resplandeciente de alegría.

—Sí,—dijo Volodia—lo sabemos. Pero tú me chocas en grande, Lubotchka. No eres ya una niña, y no sé la alegría que puedas hallar en que papá se case con una arrastrada cualquiera.

Lubotchka tomó entonces una expresión extraordinariamente seria y se puso pensativa, diciendo:

—Volodia, por qué una arrastrada? Cómo te atreves á hablar así de Audotia Vasilievna? Desde el momento que se casa papá con ella, no puede ser una arrastrada.

—Es un modo de expresarme, no digo que lo sea en realidad. Empero...

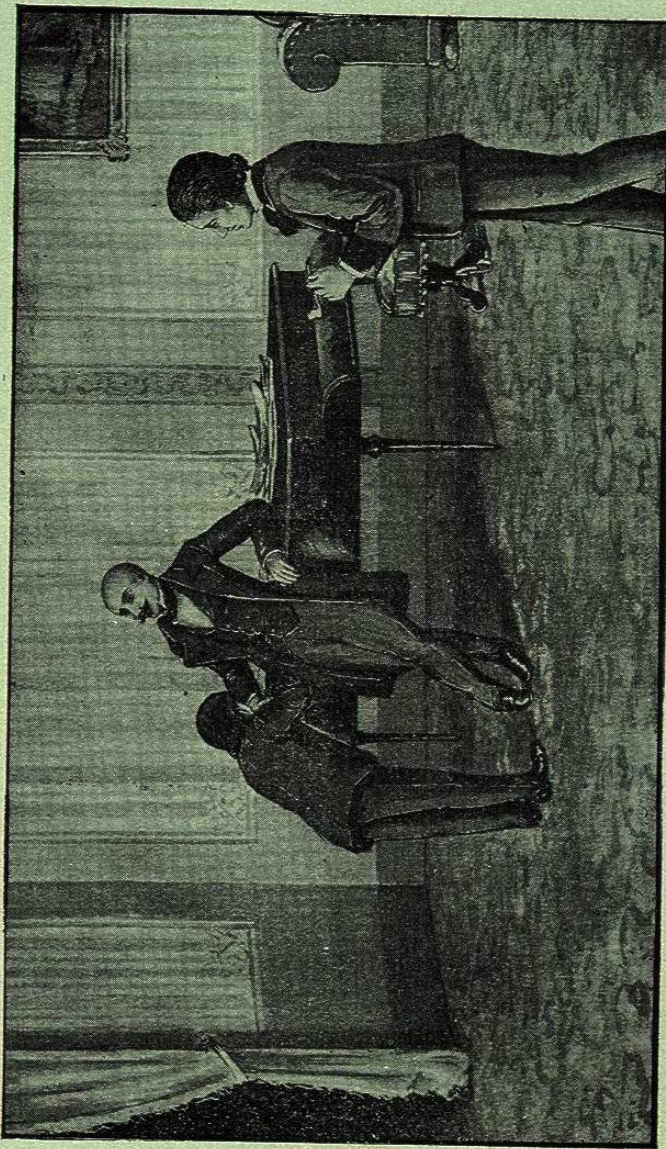
—No, no hay «empero» que valga,—le interrumpió Lubotchka exaltándose.—Yo no te dije nunca que fuese una arrastrada la señorita de que estabas tú enamorado! Cómo te atreves, entonces, á hablar así de papá y de una mujer admirable. Aunque seas el hermano mayor, te ruego que no hables así, no tienes el derecho de hacerlo.

—Pero, por qué no hemos de razonar sobre lo...

—No hay razonamiento posible,—le interrumpió de nuevo Lubotchka.—No se puede razonar sobre las acciones de un padre como el nuestro. Mimi puede quizás razonar, pero no tú, aunque seas el hermano mayor.

—No, es que tú no comprendes nada todavía,—dijo Volodia con desprecio.—Hazte cargo, reflexiona y comprenderás que no estará bien que una Epifanov, Dunitchka, venga á ocupar el puesto de nuestra difunta madre.

Lubotchka calló un momento, y luego aparecieron de pronto en sus ojos abundantes lágrimas.



TOLSTOI.—LAM. X

—Ya sabía que eres orgulloso, pero no que fueses tan malo,— hizo por fin la muchacha alejándose.

—*Por el pan!*—exclamó Volodia poniendo aquella ridícula cara seria con que se burlaba de las gentes, y guiñando de pasada los ojos.—Anda, ve razonando con ella!...—exclamó luego, como si se culpaba á sí mismo de haber llegado á querer discutir con Lubotchka.

Al día siguiente hizo muy mal tiempo, y ni papá ni las mujeres de casa habían bajado todavía á tomar el té, cuando yo entré en el salón. Por la noche, había caído una finísima y fría lluvia de otoño, y por el espacio se deslizaban aun las últimas nubecillas á través de las cuales brillaba débilmente el sol, ya bastante alto, y hacía un viento muy húmedo. La puerta de la terraza estaba abierta y en el piso de la misma, completamente mojado, se iban secando los pequeños charcos de agua de la nocturna lluvia; el viento hacía mover la puerta, que rechinaba desagradablemente. Los caminos y veredas del jardín estaban llenos de aguas turbias. Los árboles y los arbustos, las yerbas, las ortigas, los frambuesos inclinaban todos sus ramas hacia un mismo lado, como si quisieran arrancar del suelo sus raíces. En la avenida de los tilos arrastraba el viento montones de hojas amarillas y redondas, como si se persiguiesen las unas á las otras, hasta que impregnadas de humedad se aplastaban sobre la arena ó caían sobre la mojada yerba, de un verde oscuro, de los prados... Y á mí en aquellos momentos no me preocupaba sino el matrimonio de mi padre, tal y cómo lo apreciaba Volodia.

El porvenir de mi hermana, el nuestro, el de papá mismo no me prometía nada bueno. Me indignaba solamente la idea de que una mujer extraña y sobre todo joven, vendría á ocupar, de pronto, el sitio de mi madre, nada menos!... Esto me entristecía, y á cada momento me iba pareciendo mi padre más y más culpable. En aquel instante oí las voces de papá y de Volodia; no quise verle entonces y traté de escapar por otra puerta, pero entró Lubotchka diciéndome que papá preguntaba por mí y que quería verme.

Papá estaba en el salón, de pie, apoyada una mano sobre el piano, con apariencia solemne y á la vez un poco nervioso, mirando á la puerta por la cual había yo de entrar. En su rostro no aparecía ya aquella expresión de juventud y de dicha intensa que había observado en él durante todo ese tiempo. Estaba triste. Volodia, con la pipa en la mano, se paseaba por la estancia. Me acerqué á papá y le saludé.

—Pues, bien, amigos míos,—dijo resueltamente, pero con ese

tono breve con que se dicen siempre las cosas evidentemente desagradables y que no tienen ya remedio.—Creo que sabéis ya que me caso con Audotia Vasilievna.

Y se calló un momento.

—Había hecho la resolución de no casarme... después que vuestra madre... pero...

Y se calló de nuevo.

—Pero evidentemente este era mi destino. Dunitchka es buena, es amable y no es ya muy joven; yo creo, hijos míos, que llegaréis á amarla, pues ella por su parte os ama ya con todo su corazón... Es muy buena. Ahora,—dijo precipitándose en hablar para que no le pudiésemos interrumpir,—ahora es tiempo ya de que partáis para volver á la Universidad. Yo me quedaré todavía aquí hasta año nuevo y entonces vendré á hallaros en Moscova...

Hizo papá una nueva pausa.

—Vendré á hallaros en Moscova con mi mujer y con Lubotchka.

A mí me causaba honda pena ver á mi padre tan cohibido y manifestando tanta timidez como si se reconociese culpable ante nosotros. Me acerqué un poco más á él, pero Volodia, con la pipa en la boca y la cabeza baja, continuaba paseándose por el salón.

—He aquí, hijos míos, he aquí lo que vuestro padre ha imaginado,—concluyó diciendo papá con el rubor en las mejillas y alargándonos las manos. Gruesas lágrimas brillaron en sus ojos al pronunciar estas palabras y ví que la mano que presentaba á Volodia, quien se hallaba en aquel momento en la otra parte del salón, temblaba fuertemente. La vista de esa mano temblorosa me hizo muchísima pena, ocurriéndoseme entonces la idea, que me entristeció aun más, de que mi padre había hecho la campaña de 1812 y que se había ganado en ella el renombre de valiente oficial. Tomé su gruesa mano surcada por grandes venas y la besé respetuosamente. Estrechó con fuerza mi mano, y luego llorando tomó la pequeña cabeza de Lubotchka y la cubrió de besos. Volodia dejó caer expresamente la pipa y al bajarse para cogerla se enjugó una lágrima con el revés de la mano, y tratando de no ser visto salió precipitadamente de la estancia.

## XXXVI

### Otra vez en la Universidad

EL matrimonio había de celebrarse al cabo de dos semanas, pero se abrían los cursos y Volodia y yo partimos para Moscova, á principios de setiembre. Los Nekhludov habían vuelto ya también del campo. Dmitri—al separarnos nos habíamos hecho la promesa de escribirnos con frecuencia, pero naturalmente no lo habíamos hecho ni una vez—vino á casa el primer día y convenimos en que al siguiente, por ser la primera vez, me acompañaría á la Universidad.

Era un día de un sol hermosísimo.

Apenas entramos en el aula, sentí desaparecer mi personalidad en medio de aquella multitud de jóvenes, fisonomías alegres que, bajo la clara luz del sol que penetraba á torrentes por los altos ventanales, aparecían en verdaderas oleadas por todas las puertas y todos los corredores. La conciencia de que yo formaba ya parte de tan numerosa y tan alegre sociedad me causó gran satisfacción. Pero entre tan innumerables gentes á bien pocos conocía, y aun por lo que á estos hace mi amistad se limitaba á un movimiento de cabeza y á estas cortas palabras: «Buenos días, Irteniev». En cambio, entorno mío, todo el mundo se estrechaba la mano, se abrazaban, por todas partes se oían frases amistosas, amabilidades, bromas, risas... Sentí profundamente los lazos que unían á toda esa joven sociedad y con tristeza comprendí que de mí no hacían el menor caso.